

# 1

Tenía la sensación de filoso en la boca del estómago. Apagó y cerró la computadora, abrió el cierre de la funda negra y dejó la computadora al lado. Segundos más tarde llegó el mensaje del novio, pero Mercedes ya no pudo verlo porque entraba a su cuarto a cambiarse. Se sacó el short y la musculosa y los dejó sobre la cama. Agarró un vestido de colores primarios que colgaba del perchero entre dos pantalones. El vestido brillaba. Mientras se lo ponía, el viento corrió desde la ventana hasta la puerta y levantó el volado, que se enganchó en una astilla de la mesita de luz y se tajeó. Mercedes no se dio cuenta, fue al baño, se levantó el vestido, se bajó la bombacha, se sentó en el inodoro, hizo pis. Sintió que su espalda se aflojaba. Tuvo una lágrima en un ojo. No se le desprendió de las pestañas. Cortó papel higiénico y se secó el ojo y el sexo con el mismo pedazo de papel. Se maquilló. Se miró al espejo por partes. No miró si sonreía, si era linda, si se caía simpática. Solo la parte que

pintaba. Agarró el documento de la mesita de luz. Sonó el teléfono cuando abría la puerta del palier. Dejó la puerta abierta y atendió. Mercedes reconoció a Sofía.

—¿Qué pasa?

—¿Ya salís?

—¿Mamá está bien?

—No llamaba por eso.

—Me asustaste.

—¿Te busco?

—Prefiero caminar.

Mercedes colgó. Sofía también colgó, abrió el armario y eligió un vestido nuevo de colores primarios y brillantes. Lo dejó sobre la silla del escritorio y se fue a duchar. Mientras tanto cayó una gota de un aire acondicionado de un edificio. La gota pasó por la rajadura del vestido de Mercedes y ella escuchó la explosión del agua en la cadera. Se tocó y palpó la piel desnuda. Tuvo la sensación de hartazgo en la espalda y vació el aire de los pulmones. Dio media vuelta en dirección a su casa, bajó el hombro izquierdo y tapó el agujero con la mano extendida, pero al rato se le durmió el cuello, entonces cruzó la calle y caminó con el tajo del lado de la pared.

Sofía sentía el agua fresca en los hombros, la cabeza y la cara. Se lavó el pelo con un champú orgánico de aloe vera. Salió de la ducha y se puso el vestido nuevo. Se pintó los ojos, prendió las luces de la cocina y del baño, controló la llave del

gas y salió. Paró un taxi y dijo a Corrientes y San Lorenzo. El taxista le dijo que las bicicletas argentinas eran vehículos del subdesarrollo, que él tenía un sobrino futbolista en Noruega y en Noruega las cosas no son como acá, por algo los noruegos fueron los primeros en llegar al Polo Sur, antes que nosotros que lo tenemos al lado, cómo puede ser que ellos llegaran antes, por el petróleo, sí, por el petróleo, porque Noruega es un país petrolero, no como nosotros que ni siquiera lo sacamos de las napas y que andamos en bicicleta, miralos a estos, es un peligro, le dijo, es un peligro, le gritó, sin casco, sin luces. Sofía miró por la ventanilla abierta y sintió el aire en la cara. Tuvo la sensación de rasguño en la garganta. Miró los ojos del chofer, que hablaba de matar a alguien, y después giró la cabeza hacia la puerta. Le dolió la garganta. El taxista contaba que lo mejor era llegar a su casa y que no hubiese nadie, nadie nadie. Sofía miraba a un chico andando en patineta por la calle y el diafragma le sacudió los pulmones. Se le calentaron los ojos y pestañeó dos veces. El taxi dobló por Corrientes y frenó porque Mercedes cruzaba por la senda peatonal. Sofía se agachó y fingió atarse los cordones de la sandalia izquierda. Lloraba. Mercedes miró al taxista, que miró a Sofía, que miró su pie. Sofía se levantó y Mercedes pisó el cordón de la vereda. El taxi arrancó y estacionó cinco cuadras más adelante. Sofía pagó, bajó del auto, cerró la puerta y lloró con congoja. El taxista arrancó y

escuchó el llanto ahogado de Sofía, giró la cabeza sobre el hombro derecho y la miró. Sofía doblaba los hombros, babeaba y se agarraba la cara. El chofer apretó el freno pero ya estaba en la bocacalle y un 116 fuera de servicio lo chocó. El impacto hizo un ruido hueco. Sofía levantó la vista, se secó los ojos, los pómulos y discó 107 desde su celular.

—¿Hay heridos?

—No sé, estoy lejos.

—¿Puede acercarse al lugar del accidente?

—No, bueno, ahí voy.

—Si huele a nafta aléjese.

—¿Y si está muerto?

—¿Usted está resfriada?

—No, no. ¿Y si está muerto?

—No lo toque.

—No, claro. ¿Y si hay sangre?

—Usted no toque a nadie.

—La sangre me baja la presión.

—Es una broma.

—Que me baja la presión.

—Quédese ahí.

—Me voy a desmayar.

Sofía miró el taxi abollado y pensó que recién recién estaba ahí adentro. Pensó en el impacto del colectivo contra el auto y en cómo duelen los impactos. Se preguntó si el chofer del taxi habría sentido el impacto en el cuerpo o si habría visualizado el choque y se desmayó antes para no vivirlo. Pensó que si alguna vez chocaba tenía que estar

atenta para desmayarse a tiempo. Tuvo ganas de desmayarse antes de un choque. Se preguntó si la gente sentía la transición de la vida a la muerte o si no había transición porque no se podía estar un poco muerto, uno muere completamente de un segundo a otro. Tuvo la sensación de pesadez en las manos, que le colgaban a cada lado. Sus músculos tenían la tensión justa y necesaria para mantenerse en pie. El cuerpo entero estaba relajado y Sofía pensó si sería la presión. Los ojos miraban al taxista y el taxi, y las ruedas y el vidrio, y el aire que estaba antes del choque. Miraba todo fijo sin ver realmente nada. El chofer parecía un objeto, parecía blando, pensó Sofía y pensó que el chofer ya no pensaba. O quizás sí, que quién sabe, pensó, y escuchó una voz masculina que gritaba que él tenía la mano. Sofía se dio vuelta y le dijo con voz suave que no, que el taxi tenía la derecha y pensó que qué importaba. El colectivero le contestó que él llegó antes a la esquina, que cómo quiere que frene diez toneladas en un metro y Sofía le contestó que claro, que entendía. Sofía tuvo la sensación de que su voz no era su voz, tardaba en salir y la escuchaba con retraso y a lo lejos. Se tocó el pecho y la garganta. Pensó que podría estar en el taxi pero que estaba fuera y estaba viva. Escuchó que su voz decía ya llamé al SIES. Llegó la ambulancia y al rato la policía. Los agentes no podían abrir la puerta del taxi. Sofía se acercó más. El chofer tenía el cuerpo inclinado sobre el asiento

del acompañante, el pelo despeinado y sangre brillante o vidrios en la sangre. Le miró los ojos cerrados y la nariz aguileña. El chofer del 116 se sentó en el cordón. Los policías y los médicos se movían alrededor suyo y Sofía miraba la frente y los ojos del taxista, que abrió un ojo. Sofía se sintió observada y tuvo la sensación de vergüenza en las mejillas y culpa en la garganta. Pensó que ella no era la culpable, que fue un accidente, que por qué sería su culpa, que basta, pensó que hace un rato, minutos, el chofer manejaba y hablaba y movía las manos. Ahora estaba tirado y se moría, se moría, se murió, dijo el policía. Los médicos lo miraron y le preguntaron cómo sabe, oficial.

—Mirale el ojo —dijo el policía.

Una policía rompió el vidrio del acompañante. Se astilló las palmas. Sofía vio la sangre y dijo:

—Me voy a desmayar.

No se desmayó. El médico le tomó el pulso al chofer. Latía. Le preguntó cómo se llamaba, cómo se llamaban sus hijos, cuántos años tenía, si era taxista. Sofía pensó que las preguntas eran estúpidas. El médico las repetía muchas veces. También le preguntó si le gustaba el fútbol y cuál era su marca de auto preferida. Sofía caminó hasta el edificio de Carla. Tocó el timbre del séptimo y esperó. Al poco tiempo bajó Mariana.

—¡Mechi!

—Sofía soy.

—Es que no sabía que venías.

—Está bien.

Mariana le dijo que los zapatos la mataban, que eran de su mamá cuando era joven, que no entendía cómo eran así de angostos, que era tan flaca que hasta los pies tenía finitos. Sofía sonrió. Entraron al ascensor y cerraron la puerta.

—¿Vos cómo estás? —dijo Mariana, y Sofía dijo:

—No, bien. Bien, sí.

—¿Segura?

—No, sí, sí, quedate tranquila.

Entraron a la casa de Carla y salieron al balcón terraza. Estaban Carla y Checha sentadas y Caren de pie.

—¡Mechi! —dijeron Carla y Checha.

—No, Sofía soy —dijo Sofía y Carla le respondió que qué bueno que viniste y Checha que disculpe que no sabía que venía y que por qué no se hacía un tatuaje en la cara o rengueaba o algo, cualquier cosa, ¿además no te quedabas con tu mamá vos?

—Se pone insoportable. Está todo el día medio grogui y de noche se despierta. Pastillas para dormir no quiere tomar y los porros dice que son droga. Ahora le damos Baileys y se duerme un rato pero se levanta a las dos horas. Tiene horarios así, como los bebés que se despiertan a las dos, a las seis y a las nueve. Bueno, igual pero peor. Se despierta a la una porque ya se le pasó el efecto Baileys, a las dos para ir al baño, a las cuatro porque le da miedo morirse ya las seis porque ya es de día, insufrible. El otro día quería que le cante.